

# LA PROTESTA

Precio 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ. : PERÚ 1537

Valores y giros a A. Barrera

## OPORTUNISMO REVOLUCIONARIO

Pocos años bastaron para que la ilusión bolchevique quedara completamente desvanecida. Los arrestos subversivos que siguieron al golpe de Estado de octubre (1917) y a la implantación de la "dictadura del proletariado" — que fué un sugestivo contraste con el democratismo burgués del reformista Kerensky —, ya no tienen en Rusia incitadores oficiales. ¿Para qué? La conquista del poder, considerada como finalidad de una serie de subversiones, de luchas civiles y de metódicos estrangulamientos del espíritu revolucionario del pueblo ruso, dió a los comunistas autoritarios la medida de su "responsabilidad" histórica y de su papel como guardianes del orden social...

El partido que hoy gobierna a Rusia, si bien considera que fué políticamente necesario incitar al proletariado a todas las violencias y trazar un programa social capaz de satisfacer a los más intransigentes, sostiene que ya se ha cumplido el ciclo de la revolución destructiva. Ahora hay que reconstruir la economía rusa, incorporar a la vida del pueblo elementos de capacitación y tomar de la burguesía todo aquello que sirva como material para edificar el régimen del capitalismo de Estado. Y como el partido comunista tiene en sus manos el poder, la capitalización de Rusia no significa — dicen los estatólatras del comunismo — la vuelta al régimen capitalista, con su ley del salario, con sus miserias colectivas y con sus horrores.

En la pretendida ortodoxia marxista de los bolcheviques, elevada a dogma político para asegurar el dominio de la minoría comunista con o sin el consentimiento del proletariado, está la base de su triunfo sobre el reformista Kerensky y demás elementos moderados. Pero como los acontecimientos de los últimos años revelaron el fondo reformista del bolcheviquismo — ya que la "dictadura del proletariado" no pasó de ser una "conquista política": la máscara que oculta el más crudo absolutismo —, se explica por qué los jefes comunistas se esfuerzan en armonizar sus declaraciones revolucionarias con las realidades económicas que día a día van aceptando a fin de asegurar su dominio sobre el pueblo ruso.

León Trotzky, generalísimo del ejército rojo e incipiente economista, pretendiendo justificar la retirada comunista en el campo económico, alega razones políticas, de cultura y de capacidad, que imposibilitaron el rápido proceso revolucionario de Ru-

ssia. Además, como Rusia estaba muy lejos de tener la capacidad que Marx señaló a los pueblos de acuerdo con su materialismo histórico — desarrollo industrial y suficiencia agrícola — no era posible llegar sin transición a la sociedad comunista. Comprendéis por qué los bolcheviques se esfuerzan en capitalizar a Rusia? El capitalismo, según Marx y sus continuadores, es la condición necesaria para llevar a cabo, con éxito, una revolución socialista...

Trotzky. En Rusia, hasta tanto se llegue a las condiciones económicas que el materialismo histórico señala como necesarias para operar el paso de la sociedad burguesa al régimen comunista, el "partido revolucionario" debe usufructuar el poder a base de dictadura. Y claro está, el proletariado debe dejarse conducir, permitiendo la capitalización de Rusia y aceptando su servidumbre, ya que así contribuye a relizar la "revolu-

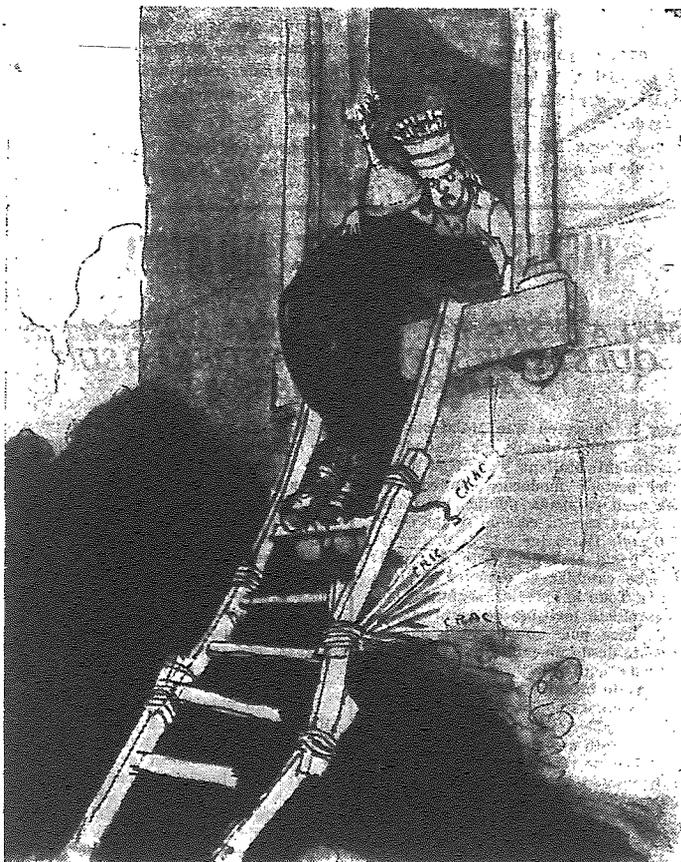
sión de la auto-dictadura —, llegarán a erigirse en los amos absolutos de Rusia? La razón del éxito comunista está en su autoritarismo y en la facilidad con que se acomodan a los acontecimientos y sacan provecho de las más adversas realidades.

La ortodoxia marxista ya fué olvidada por los bolcheviques. Ahora no hay necesidad de incitar a los trabajadores a la guerra de clases y de señalar con el dedo a los agentes de la burguesía introducidos en los partidos socialistas. Y los jefes del partido comunista ruso, en vez de exco-mulgar a los que tienen tratos con los gobiernos capitalistas, tratan de congraciarse con la burguesía europea y conseguir el concurso del capitalismo para reconstruir económicamente a Rusia y entrar en el concierto de los Estados europeos.

El oportunismo comunista no se detiene ante ningún obstáculo. Y aún cuando la política económica del Soviet siga derrotados contrarios al teologismo marxista y contradiga la supuesta dictadura del proletariado, no les faltan argumentos a los jefes bolcheviques para "demostrar" que sus transgresiones están perfectamente encuadradas en el materialismo histórico y hasta que han sido previstas por Marx y Engels.

La máscara del marxismo, como se ve, sirve para todo. Si Marx supiera en vida que habría de llegar a representar el triste papel de un dios...

## LA HORA LLEGA



Italia—Querido Mussolini, pareceme oír el canto de la alondra...

Sería el caso de preguntar a los comunistas de Estado, por qué extraño milagro fué posible la revolución rusa, apesar de no existir las condiciones económicas requeridas por los materialistas históricos. Pero es, precisamente, ese fenómeno, el que sirve de argumento a los bolcheviques para justificar sus transgresiones y presentar planes económicos que desvirtúan sus mismas conquistas políticas.

"La tarea fundamental de un partido revolucionario, es la conquista del poder", dice el generalísimo

ción económica", que es la antesala de la revolución socialista...

Toda la dialéctica marxista no es, sin embargo, capaz de destruir los hechos. La conquista del poder fué la tarea primordial del partido comunista ruso. Pero esa conquista se realizó gracias a un programa económico, ya que al proletariado ruso no se le iba a ofrecer la quimera de una revolución para después que pasara por el arnero capitulista. ¿Por qué los bolcheviques, reduciendo la conquista revolucionaria del proletariado a la toma del poder — a la ilu-

Nuestra época nos aporta cada día la prueba de que hay decididamente dos justicias: una que es inhumana y otra que es humana. La primera es la obra de la sociedad, que llama justicia exactamente a lo contrario y comete bajo este nombre las peores iniquidades; la segunda está por encima de las combinaciones de la política: los jueces la ignoran y es el patrimonio de los hombres de corazón.

Gerard de LACAZE-DUTHIERS

El odio, que es una pasión implacable, es altamente beneficioso cuando mueve al hombre contra la tiranía, la inmoralidad, contra los malvados que atropellan la dignidad humana, pisotean la virtud y hacen escarnio del bondadoso y del honrado.

R. MELLA

## Mi Comunismo

No debe faltar en ninguna Biblioteca

Precio en rústica \$ 2.00

Encuadernado en tela \$ 2.50

# NOTAS

## Humo

Los anarquistas, los que no quieren ser otra cosa que anarquistas, que rechazan por pequeños los motes de sindicalista, industrialista, "quintista", etc., prueban con esto que tienen el cerebro y el corazón llenos con el ideal. Tienen, aunque ignoren el arte y la ciencia que se encierra en una fórmula de organización obrera, el más amplio concepto de libertad que pueda concebirse. Por bellas que sean las susodichas fórmulas no pueden ver en ellas sino una mengua del concepto libertario que lleva sobre sus alas, como un blanco capuz, la palabra Anarquía. Y es tan grande, tan hermoso este concepto de la libertad, que nada puede semejarle ni asimilársele. Hay, pues, razón de más para que los anarquistas se sientan empujados y rechacen los motes sindicales.

Y esa gente que con tanta facilidad se bautiza sindicalista, industrialista y demás pequeños istas, ¿no es cierto que parece refractaria al ideal más grande que ha concebido la mente humana? ¿No es cierto que evidencia tener un cerebro y un corazón tan pequeños como la fórmula organizativa a la cual se embanderan?

Cambiar el clásico "Salud y R. S." por los "saludos sindicales" o "industrialistas" equivale a rechazar de plano la idea más completa de liberación humana.

¿Y es esa gente quien nos viene a enseñar, por medio de recetas y combinaciones de laboratorio, cómo hemos de alcanzar el ideal con que soñamos?

¡Vade retro!

Nuestro cerebro y nuestro corazón henchidos del más grandioso concepto de libertad, al lado de esos corazones y cerebros llenos y cubiertos de humo como las chimeneas de las grandes fábricas entre las cuales se han empujado esas almas, ofrecen el mismo contraste que la luz junto a la sombra. Somos el cielo abierto y ellos el abismo obscuro. No hay ninguna semejanza entre el anarquismo y todos los demás ismos.

## El tráfico porteño

La población de Buenos Aires tiene un enemigo más temible que el bacilo de Koch, que la sífilis y que todas las plagas homicidas juntas: es el tráfico, es ese monstruo formidable que tiene clavadas sus garras en todo el perímetro de la capital y en el espíritu de todos los habitantes; es ese monstruo que corretea por las calles urbanas como una fiera cebada, tumbando víctimas y derramando abundante sangre.

Y es más temible que todas las otras plagas porque el tráfico no mata solamente a los decrepitos, a los enfermos o inútiles. Este monstruo prefiere la carne joven; los cuerpos robustos son su bocado predilecto, cuanto más tiernos mejor. Por eso los niños caen en mayor número bajo sus formidables patas ferreteras, entre sus insaciables mandíbulas de acero. Se podría formar una población numerosa con los niños que han caído triturados por el tráfico desde cinco años a esta parte. Y esa población sería sana y fuerte, porque el tráfico, ya dijimos, se alimenta con lo mejor del enjambre humano.

Es terrible la situación de los niños en esta capital. Los que han escapado a la miseria del hogar, a todas las calamidades que acechan a la niñez desde que asoma a la vida, son devorados después por el tráfico.

Y aterra pensar que este monstruo seguirá engulléndose la población, cada día con mayor voracidad.

Sódoma y Gomorra fueron abandonadas por corrompidas; de Buenos Aires huirá la población aterrorizada por los extragos del tráfico.

## Amor y trabajo

Tengamos fe en el triunfo de nuestro ideal de redención humana, tengamos fe y trabajemos sin descanso y con todos los bríos por ese triunfo. La suerte de las generaciones futuras, o lo que es lo mismo, la emancipación de nuestros hijos, depende exclusivamente de nuestro esfuerzo libertario, de nuestro concienzudo trabajo para despojar la mente humana de los prejuicios, de las taras y las morbosidades que nos han legado nuestros antepasados.

Es un axioma infalible que el porvenir será de los que trabajan con amor y

con empeño por la causa de la humanidad. Amor y trabajo es el factor de redención, el único al cual debemos rendirle nuestro tributo de vida, toda la fuerza de nuestra voluntad. Porque así lo exige nuestra condición de especie inteligente, llamada a resolver el magno problema de la libertad que le ha menester a la población humana para honrar a la naturaleza creadora. Porque solo con la libertad completa podremos apreciar las maravillas que la naturaleza creó para nuestro beneficio, para nuestra admiración y bienestar.

Trabajemos, entonces; amemos desinteresadamente la causa de la regeneración; aboquémonos con amoroso tesón el vasto problema de nuestra salvación, con fe en el esfuerzo propio y en la influencia de nuestro ejemplo. Porque el contagio de nuestra laboriosidad desinteresada ha de darnos, sin ninguna duda, frutos profucuos.

No desmayemos en la lucha, por más que ésta sea gigantesca y en ciertos momentos aparezca superior a nuestras fuerzas. Si la vida no nos alcanza para culminar la obra, tengamos mucha fe en el ejemplo que hemos dejado y mucha esperanza en que dejamos tras de nosotros aventajados continuadores que llevarán nuestras aspiraciones hasta la meta deseada.

Seamos constantes, que el porvenir será de los que trabajan y aman.

## PAGINAS DE LA VIDA DE MALATESTA (1)

### MALATESTA EN FLORENCIA, 1883-84 (LA QUESTIONE SOCIALE); DESTIERRO SUD-AMERICANO, 1885-89

Llega la época en que Malatesta, de 30 años de edad, uno de los fundadores del movimiento italiano, y ahora el iniciador del período moderno, comienza su primer gran campaña pública en Italia, que culmina con la edición de la *Questione Sociale* florentina (22 de diciembre de 1883 hasta el 3 de agosto de 1884). Aquí debe cambiar el carácter de esta biografía. Todo lo anterior, según mi opinión, es objeto legítimo de la investigación histórica, pues no está ya ligado con el presente desde un punto de vista práctico. Hasta aquí el estilo convencional e incoloro pudo intentar complementar muchas exposiciones por medio del más aproximado restablecimiento de los hechos reales, en tanto que me fué posible, pues solo los hechos reales acercan los personajes a nuestro entendimiento y a nuestras simpatías, ya que los muestran como hombres efectivos y no como héroes o ángeles.

Este realismo se hace imposible en el caso dado, al menos para un observador remoto como yo, hasta que se llega a la primera campaña independiente de Malatesta en 1883-84. Ante todo, yo ignoro la mayor parte de las circunstancias, ya que lo considero como un contemporáneo y un camarada viviente al que conozco desde 1889 y nunca lo hice objeto de estudio especial y de una observación aguda. Los hechos relatados hasta aquí resultan de sí mismos, como el estudio de la vida de Bakunin se extendió necesariamente a sus amigos más íntimos y a sus relaciones en aquel tiempo. Lo que yo anoté para la época de 1883 o para los años siguientes, se debía verificar y completar, como el material anterior; en otras fuentes, cosa que me es ahora materialmente imposible a mí, y aunque esto hubiese sucedido no me consideraría con derecho a publicar todos los resultados. Malatesta está y permanecerá hasta los últimos días de su vida tan ligado al movimiento actual, que, fuera del caso del advenimiento de un completo trastorno,

que rompa enteramente con el presente, no debiera ser obstaculizada su actividad por la curiosidad histórica sobre los sucesos de 1883 en adelante. Por tanto no se explicarán aquí sus verdaderas actitudes, sus planes, sus esfuerzos, sus desilusiones, etc., si pueden o no haber aparecido sobre ellos afirmaciones y declaraciones y si yo sabría o no decir algo más íntimo al respecto. Las tres viejas palabras: *educate, agitate, organize*, deben cubrir toda su actividad desde 1883 a 1922; esperanzas, hechos, realizaciones, no dependieron en su resultado final de él sólo y deben quedar sin mención.

Esto no significa que la biografía se limitará desde ahora a algunos hechos externos. Yo intentaré todavía representar y aclarar las circunstancias en su conexión; y es inofensivo describir su tranquila vida en Londres y señalar la mayor parte de sus viajes. Es lástima que la historia de una vida que no tendría que temer al más profundo examen deba ser acordada; pero hasta que no haya logrado por último el objetivo de su existencia o termine con ésta su actividad, no veo ninguna otra salida.

Las condiciones íntimas en que volvió Malatesta en 1883 a Italia no me son conocidas, fuera de la necesidad urgente de defenderse contra el dafío causado al movimiento por la claudicación de Costa. Cafiero estaba irremediablemente perdido; "desgraciadamente no podemos dudar más de un hecho que diversos síntomas nos hicieron temer desde hace largo tiempo, es decir, la enfermedad mental de Carlos Cafiero", escribe el *Revolté* del 17 de febrero de 1883 y la luego una hermosa descripción de su personalidad, probablemente debida a la pluma de Eliseo Reclus. Costa había entrado en la Cámara después de las elecciones de 1882 como diputado por Ravenna y esta nueva actividad perturbó a una parte de la prensa

socialista. El *Nota* de Rimini publicó un artículo a favor de Costa y otro de Mala testa en contra (*Revolté*, 12 de mayo de 1883). Se necesitaba un gran periódico para la lucha y Malatesta como redactor principal y Florencia como sede del mismo, fueron hábilmente elegidos. La Romaña era el dominio personal de Costa, desde su anterior prestigio y su actual *grandeur* dificultaban una lucha de ideas pero Florencia no estaba lejos y sin embargo era completamente independiente, era un viejo centro internacionalista que había sufrido muchas persecuciones. Apareció una circular que anunciaba (véase *Revolté*, 12 de mayo) para el 20 de mayo de 1883 la publicación de *Il Popolo*, semanario comunista anárquico.

"Se quería combatir especialmente "las ilusiones reformistas y parlamentarias, que representan el más grande peligro que amenaza hoy al socialismo. Y puesto que es una necesidad urgente para nuestro partido organizarse en torno a un programa claramente definido, procuraremos destruir toda ambigüedad y trabajar con todas nuestras fuerzas en la obra de organización"...

Pero ¿apareció *Il Popolo*? Yo creo, pues lo vi citado en la *Questione sociale*, y pudo haber aparecido un número único; tampoco sé si fué bastante difundido u obstaculizado por las persecuciones. En el *Revolté* del 26 de mayo se lee algo ya sobre las detenciones de Malatesta en Florencia y de Merlino en Nápoles, y se advierte: "la publicación próxima del periódico anarquista *Il Popolo* perturbará de antemano la tranquilidad del gobierno. En lugar de ocuparse de la supresión de un periódico, se contenta con la persecución del editor". Permanecieron en prisión sin conocer la causa largo tiempo (*Revolté*, 7 de julio) y fueron llevados por fin con otros a Roma y puestos en libertad provisoria en noviembre. Una declaración firmada por Errico Malatesta, Francesco Saverio Merlino, Domenico Pavani, Camilo Pernier, Eduardo Rombaldoni y Luigi Trabala (Roma 11 de noviembre) dice: "después de ocho meses de arresto bajo la inculpación de conspiración contra la seguridad del Estado, fuimos puestos en libertad provisoria, para ser llevados ante un juez bajo la acusación de asociación de malhechores, y algunos de nosotros por excitar a la perpetración de ese crimen. Esto significa... que no se nos puede inculpar de ningún hecho legalmente punible, pues nuestro único delito es... estar unidos para el terrible crimen del socialismo; esto significa que nuestros gobernantes, si, dado el estado del asunto, dudan en concertar jurados que nos condenen, tienen confianza en los rigores de los jueces profesionales... Esto significa que la legalidad en Italia, si existió alguna vez, es abandonada por los propios guardianes de las leyes", etc.

Ahora bien, en la época que vá de la liberación provisoria al proceso, apareció *La Questione Sociale*, desde el 22 de diciembre de 1883. Después del número 7 hubo una interrupción, pues el impresor, un republicano, se negó a seguir imprimiendo la hoja (*Revolté*, 16 de marzo de 1884); más tarde fué condenado el redactor responsable, P. Cecchi, a 21 meses y 2,000 liras, lo que originó una nueva interrupción (*Revolté*, 8-22 de junio). En el verano tuvo Malatesta una violenta discusión con los masones italianos (*Revolté*, 31 de agosto).

En tanto se celebró en Roma en febrero el proceso jurídico-policia; no se admitieron los testigos de la defensa, solamente se consintieron las deposiciones de la policía, y la sentencia dió este resultado: Merlino, 4 años de prisión; Malatesta y Pavani, 3 años cada uno; Biancani (ausente) 2 años y 6 meses; Pernier (ausente) y Rombaldoni, 15 meses cada uno; Trabala y Venanzi, 6 meses cada uno; Malatesta declaró a los jueces que la policía rusa deportaba a Siberia sin proceso, pero la policía italiana era más hipócrita, porque se oculta tras la complicidad de los magistrados (*Revolté*, 16 de marzo).

En el otoño de 1884 fueron Malatesta y otros compañeros a Nápoles, donde el cólera se desencadenó en una medida espantosa y prestaron cuidados a los enfermos en los hospitales. Costa y otros socialistas hicieron lo mismo. Dos anarquistas, Bosco Lombardo, del *Proximo-Tus* de Turin,

y Antonio Valdre cayeron en la epidemia. Los que volvieron declararon en un manifiesto que la verdadera causa del cólera era la miseria, y que la verdadera medicina era la revolución social (véase *Revolte*, 28 de sep., 7 de diciembre de 1884, 8 nov. 1885).

Aquella otra epidemia, la corte de apalaciones de Roma, ante la cual peligraba el proceso, postergó su decisión para el 14 de noviembre y se expidió en enero de 1885; Merlino recibió un año menos de prisión, Traibala fué absuelto y todos recibieron además 6 meses de vigilancia policial especial. Pero los acusados habían ya desaparecido todos, y así comenzó el destierro de Malatesta y Merlino a fines de 1884 o comienzos de 1885; no conozco la fecha de su viaje. Se apeló todavía otra vez y esta apelación fué rechazada definitivamente el 15 de abril de 1885, por lo cual las sentencias debían ser ejecutadas inmediatamente, pero no se encontró a nadie; así, pues, la partida de Italia pudo eventualmente haber tenido lugar tan solo antes del 15 de abril o poco después (véase el *Revolte*, 7 de diciembre, 1884, 1 de febrero, 10 de mayo 1885).

A un lector profano aparecerá este procedimiento legal algo confuso, incoherente, por decirlo así. Malatesta fué arrestado al principio, antes de haber podido actuar esencialmente en Italia; después de algunos meses fué puesto en libertad provisoria aproximadamente un año y en ese tiempo fué tan libre como nunca lo había sido e hizo la brillante campaña de la *Questione sociale* que se guardaron bien de turbar los tribunales para no arrancarlo a los jueces serviles y llevarlo ante un jurado. De forma que debieron esperar el despacho de la apelación sin fin para hacerlo encerrar por tres años. Resolvió Malatesta, a causa de esta gente, no desperdiciar nuevos años de su vida y volvió las espaldas al país.

La *Questione sociale* apareció desde el 23 de diciembre de 1883 hasta el 3 de agosto de 1884 (semanalmente). En el *British Museum* se encuentra una colección completa que revisé detenidamente hace unos años; pero ahora no tengo ningún ejemplar de ese periódico a mi disposición.

Puedo, no obstante, decir que comparando esta hoja con otros periódicos italianos del movimiento, resalta su valor y la riqueza de su contenido, compuesto de material de diversas partes de Italia. Se ve que fué pronto o inmediatamente el órgano principal del movimiento nuevamente reanimado en todo el país. Su objeto esencial era la lucha contra la táctica parlamentaria que predicaba tranquilamente Costa desde 1879; en 1883 la máscara había caído por completo. Ahora se unieron los anarquistas de nuevo en todas partes y se alegraron de poder ayudar al periódico, que no perdía de vista, es claro, como finalidad última: la reconstrucción de toda la organización, ni menos la propaganda popular de las ideas y la difusión de las mismas en un más amplio círculo que hasta entonces.

Estos esfuerzos valieron dos publicaciones: *Programma ed organizzazione della Associazione Internazionale dei Lavoratori*, publicado a cura della redazione del giornale "La Questione sociale", (Florencia 1884, 64 págs., 16), un escrito de Malatesta sobre organización que no tengo ante mí, aunque no se nombra al autor, y el famoso folleto *Propaganda socialista*. — *Fra contadini*. Publicación del giornale "La Questione sociale" (Florencia, 1884, 62 págs., 16). El último es el folleto tan conocido de los compañeros de casi todos los países, ya se llame *Fra contadini*, *Entre campesinos* o *Entre terrani*, *Entre paysans* o *A Tolt between two workers*, *Unter Landarbeitern* o *Gespick tunchen two Boerenarbeiters*, ya esté ante nuestros ojos en traducción noruega o portuguesa, búlgara, americana o china. La traducción china que se imprimió en París en 1907 o 1908 es, sea notado de paso, de todas las publicaciones anarquistas que se conozcan, la impresa en un formato más pequeño, una verdadera edición diamante.

A los jóvenes de Kröpstin (Ginebra, febrero de 1881) es seguramente el escrito de un anarquista que más a menudo se tradujo y más se difundió, y no podría decir si su difusión es o no mayor que la del *Manifiesto comunista*; muy

grande no es ciertamente la diferencia. De la literatura anarquista están en segundo lugar *Fra contadini*, de Malatesta y *Dios y el Estado*, de Bakunin; el primero pudo tener más grande tiraje, pero el escrito de Bakunin fué todavía más frecuentemente traducido. La gran difusión del folleto de los campesinos, comenzó con la traducción francesa en el *Revolte* (1885-86) y como *Entre paysans* (París 1887); la traducción inglesa en el *Freedom Pamphlets* apareció en febrero de 1891. Así pues, Malatesta ha creado algo duradero con su primer folleto.

La *Questione Sociale* fué quizás el primer órgano verdadero de propaganda en Italia, pues los periódicos anteriores eran solo órganos externos de una organización que esperaba llevar a una acción revolucionaria inmediata y que consideraba los periódicos como cosa accesoría. Se había perdido tanto terreno y se había desarrollado un tal retroceso por la claudicación de Costa y también por la bien intencionada elección-protesta de Cipriani, que debía ser superado por el objeto directo de la propaganda de aquella época. Como en otros países, se había formado el "socialismo" parlamentario y reformista a fines del 70 — cuando se desvaneció la radiante conciencia de las posibilidades revolucionarias de la Comuna de París de 1871 y de los acontecimientos políticos-revolucionarios de Italia y de España, y el capitalismo tomó por medio del imperialismo naciente, su último refuerzo — y con él rápidamente una nueva clase media parasitaria, la de los políticos obreros, la de los nuevos intermediarios entre el capital y el trabajo, — una clase suboficial dispuesta a impedir el más largo tiempo posible la revolución social y a controlarla, explotarla y arruinarla, cuando no pudiera ser retenida más.

Desde ahora una gran parte de los esfuerzos de los revolucionarios deben apartarse de los capitalistas y agolarse en las etapas del camino contra estos impedimentos internacionales a todo movimiento popular. Si no hubiese existido la democracia, y los capitalistas hubiesen debido descubrir algo semejante — no hallarían una colaboradora más eficaz. Cuarenta años, casi medio siglo después de estos comienzos, la situación es la misma y el mal ha tomado formas gigantescas y hombres como Malatesta están hoy, como entonces, frente a los mismos falsos guías y a sus víctimas. Lo que dejaron intacto en generaciones de trabajadores el militarismo, el nacionalismo y el espíritu comercialista, fué el botín seguro de la castración social-demócrata y el resultado es la sumisión a los jefes capitalistas o a los socialistas, comunistas y sindicales y sus gentes.

¿Dónde no podríamos estar ya hoy, qué sueños utópicos no podrían haberse convertido ante nuestros ojos en realidad, si esa opresión espiritual paralizadora, no hubiese contrarrestado la energía del pueblo? La vida de Malatesta y de todos los anarquistas de estas generaciones, llega a ser una tragedia, pues todos sus esfuerzos para combatir el enemigo directo, el Estado y el capitalismo, chocan con ese muro de inactividad y de sumisión creado por la social-democracia desde hace cuarenta años. No es ningún milagro que se mantengan todavía los Estados y el capitalismo, pues todavía no han sido tomadas sus líneas exteriores de defensa, los fosos social-democráticos de protección de lo existente, por el pueblo y por los amigos de la libertad. Esto puede aclarar, por qué debían ser empleadas también por Malatesta la propaganda, a menudo la más elemental, y la polémica junto a la clara preparación y a la tentada realización de la acción revolucionaria.

Será fácil, siguiendo *La Questione Sociale* reseñar los mítines de Malatesta en aquel tiempo, sus viajes de propaganda, sus choques polémicos, los detalles del proceso, etc. Yo sólo sé que mientras fué posible, permaneció en Florencia, pero naturalmente no sentiría el placer de dejarse encerrar tres o cuatro años. Por último — relaté él — la casa en que habitaba fué vigilada constantemente por la policía para impedir su fuga; pero en otro piso de la casa había un depósito de máquinas de coser o un gran taller de sastrería; bastó que se metiera en

una caja que parecía contener una máquina de coser para que Malatesta desapareciera tranquilamente de la casa y abandonase a Italia.

No me son conocidos los motivos, que pudieran ser completamente privados o personales, que le decidieron a él y a algunos otros camaradas italianos, a dirigirse a la Argentina, a Buenos Aires. Permaneció en ese país más de cuatro años, desde el comienzo de 1885 hasta mediados de 1889. Si pensó en una emigración tan larga, no lo sé, pero apenas lo creo; y todos los países continentales estaban cerrados; a Estados Unidos era preferible Londres, y para la elección de Sud América existió alguna causa directa que no se deja adivinar.

Un periódico, *La Questione sociale* (Buenos Aires, en el *Revolte* del 31 de enero de 1886 es citado como nuevo) la primera publicación anarquista italiana, debe haber sido su órgano; sin embargo no se sabe nada más y es probable que no se haya sostenido mucho tiempo. Tuvo ocasión por fin de estudiar fundamentalmente el español y encontró, aparte de los italianos, nuevos amigos en los internacionalistas españoles emigrados, quizás también en un grupo belga de Verviers a Emilie Piette y a otros, en caso de que éstos no hubiesen llegado después.

No habitó siempre en Buenos Aires; yo le oí contar en uno de los pequeños pic-nics del grupo *Freedom*, como los llamábamos, en las sombrías noches de invierno en la gran sala de Tcherkesof, cómo él y algunos amigos estaban en cierta ocasión en un barco en el lejano sur y el capitán había recibido el mandato de desembarcarlos en una comarca casi completamente desierta de la costa patagónica. Se negaron a abandonar el barco; Malatesta protestó, y para dar valor a su protesta se echó al mar y desafió al capitán a dejarlo allí y a continuar el viaje. El capitán debió salvarle y lo dejó después quedar tranquilamente a bordo. Al preguntársele como se sentía en el océano helado, movió los hombros de un modo peculiar y dijo que había tenido tal arrebató de rabia que no advirtió el frío. ¡Qué ocasión entonces para hablar sobre la Argentina si hubiese pensado en estudios biográficos!

En los años 1887 y 1889 aumentó rápidamente la inmigración en la Argen-

tina y comenzaron la desocupación y las huelgas. Entonces parece haber sido Malatesta en Buenos Aires propagandista activo; según el *Revolte* del 24 de mar o de 1889, le había hecho decir un tiempo antes el jefe de policía, que la policía estaba representada en todas las asambleas públicas. Intentó también introducirse en las reuniones privadas o de las agrupaciones, pero renunció a esto. Fueron celebrados mítines el 18 de marzo de 1888, con motivo de las primeras huelgas locales etc., y el movimiento en todo caso inició desde entonces un progreso ininterrumpido. El 18 de mayo de 1890 apareció *El Perseguido*, continuando hasta el 31 de enero de 1897, el primer periódico de larga duración entre los muchos en español y también en italiano y en francés que se sucedieron después, y de los cuáles *La Protesta Humana* (13 de junio de 1897), transformada en el cotidiano *La Protesta* (desde el 5 de abril de 1904) fué el más constante y existe todavía a pesar de todas las tempestades. Por consiguiente en la primera construcción de ese poderoso movimiento tomó también parte Malatesta.

Sin embargo no quería desear un largo destierro. Quizás lo trajeron nuevamente a Europa motivos de orden privado; por lo demás el año 1889 había sido bien elegido. El socialismo europeo pareció reanimarse entonces; Trafalgar Square en 1887, la huelga de los Docks en Londres, 1889, el congreso de París, los movimientos de mayo, desde mayo de 1886 en Chicago, hasta el primero de mayo de 1890, que parecían prometer tanto, — todo esto señala, como se cuidó Bakunin de expresar (en las cartas del 70), que después de la marea venía el reflejo, y tales mensajeros de esperanza podían haber estimulado también a Malatesta. También existían, como veremos en otro capítulo, algunos medios para iniciar una nueva propaganda. En una palabra, en el verano de 1889 volvió a Europa y comenzó en septiembre, desde Niza su nueva actividad.

MAX NETTLAU

(1) Este trabajo es el capítulo XIV del libro próximo a publicarse por la Editorial LA PROTESTA.



Los perros de los ricos desprecian las "gelosinas" de los proletarios.

# PAGINA DE ARTE

## LAS EXPOSICIONES

Sin exagerar podemos decir que Buenos Aires como mercado de arte, hoy por hoy, ocupa el lugar más importante de la América del Sur. Lentamente la cultura artística se eleva y fácil es constatarlo, sea por la afluencia de público a conciertos y exposiciones artísticas, como por el lugar importante que, cada vez más, conceden los grandes diarios al arte, índice este elocuente e innegable. ¿A quiénes se debe este progreso? ¿Ha sido el estímulo oficial o simplemente el resultado de una evolución lógica y necesaria?

la lenta infiltración de un sentido profundo del arte, se va efectuando obscuramente, al margen de esa producción ficticia que paga el gobierno y que la crítica aplaude.

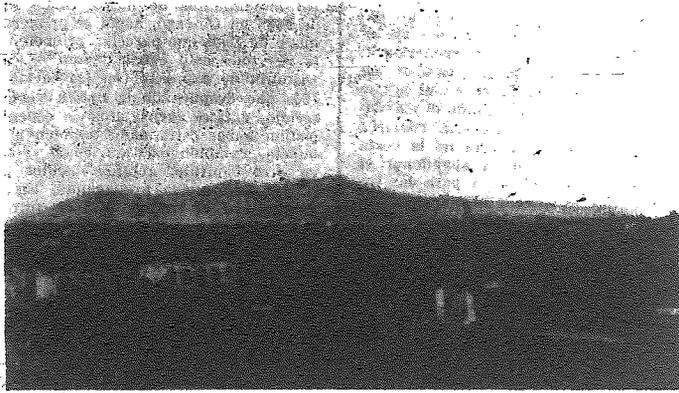
Y seríamos injustos si no recordáramos que debemos a los *marchands* de arte, — que año tras año vienen realizando exposiciones de pintura — más que al Estado esa lenta evolución del gusto artístico. Como los Fenicios, aquellos comerciantes que difundieron sobre el Mediterráneo la cultura y la ciencia del Oriente, los *marchands* modernos cuando son

humorística del inglés; Sirio, este decorador de verdaderas aptitudes, elegante, fino, malgastándose en la obra brutal y aplastante de la ilustración diaria, no da lo que esperábamos de él; la Bertolá con su delicada emotividad femenina, también nos da la impresión de no dar lo que puede; Soto Acebal siempre tan *terric a terre*, lleno de petulancia en las dimensiones exageradas de sus banales acuarelas; Centurión agradablemente insulso como Petrone; malísimo un pastel que nos pareció firmado por De la Cárcova; Butler, tan seráfico como siempre, un Fra Angélico a la aguada que entona bien, pero que cansa un poco con su balada ingenua; Malinverno lleno de una habilidad sin emoción; un coronel a quien le da por la acuarela, como a otros le da por el pocker o el whisky; unas cuantas señoritas que, si son feas y malas como sus obras, su Dios las aparte de mi camino; algunas acuarelititas de las que siento no recordar, por no haber leído las firmas, (perdonen, que las críticas estas de LA PROTESTA no consagran a nadie). Pasemos a las aguafuertes, de las cuales hay unas grandotas, sin valores y flojas de dibujo y que citamos porque como son grandes las veíamos de todas partes; las de Vigo, estimables por muchos conceptos; Carnacini colividineses, es decir, de lo malo lo peor, porque es la nada llena de una sabiduría que los artistas llaman *trucs*; Arato, con unos grabados en madera un poco confusos, de inspiración popular como Vigo; una señorita cuyo nombre lamento no recordar, con un retrato de mujer bien grabado — las mujeres alcanzan más fácilmente que los hombres un valor discreto.

No pretendemos hacer una reseña detallada; con todo no quedo dejar en el tintero a un tal Antonio que *corrige* a Gutiérrez Gramajo y que ofrece la particularidad de dibujar fotográficamente las figuras principales y *estilizar* (digamos así) las demás. Digamos también algo,

tes aplicadas. Si alguien duda de la ineficacia absoluta de esa institución, allí hubiese tenido la evidencia más desconcertante. Efectivamente, se trata de la exposición de trabajos seleccionados, que datan de varios años atrás, y que prueban, en forma terminante y concluyente, el desconcepto, la ignorancia supina de los que dirigen el establecimiento. ¿Qué orientación tiene la enseñanza artística de la Academia? Por los dibujos expuestos, ninguna. En todos falta *cu absoluto el espíritu de observación* de la naturaleza, en absoluto una disciplina dada, y sobre en cambio una libertad mal entendida, un correr detrás del aspecto *artístico*, una superficialidad de visión despampanante. No pedimos obras de arte a los chicos de una academia, pero sí comprensión progresiva de la forma, del color, de conjunto y de composición, que es lo que allí no se ve. Esto en cuanto a la serie de *estudios, apuntes* y composiciones de los figuristas; en cuanto a la parte decorativa es simplemente asombrosa la indigencia directriz. Cualquier academia particular, cualquier escuela Normal expone resultados mejores. Con decir que en los estudios decorativos y aplicaciones proyectadas no había una sola adaptación de un motivo a una *materia* dada, que es la única que determine la verdadera *estilización*, está todo dicho.

Allí se *estiliza* torturando el cerebro para encontrar aspectos superficiales e imprevistos: se *estiliza* o deformando buscando la forma geométrica esencial — lo cual da al conjunto pobreza, aridez. En vano se buscan allí ejercicios de inventiva, aplicaciones de las leyes fundamentales de la decoración, el estudio de la materia, el interés por problemas prácticos. En la academia un alumno de cuarto año decorativo, pierde su tiempo en la interpretación cubística de un tatú, sin tener preestablecido dónde lo ha de aplicar. Allí por lo visto, no se sabe sino derivar de la forma de un coleóptero la de un vaso o



COROT—Paisaje de Ilia—Alrededores de Roma

Aquí, como en todas las ramas de la actividad social, el Estado no ha hecho sino consagrar — cuando no desvirtuar — una actividad surgida por la iniciativa individual espontánea, por el esfuerzo de energías aisladas que, entre la indiferencia o el desprecio general, en un ambiente mercantilista por excelencia, tuvieron la osadía de entregarse desinteresadamente al cultivo del arte.

El Estado llega siempre tarde, pero no tanto que no alcance a perturbar el desarrollo lógico y armónico de lo que pretende proteger y encauzar. El estímulo y la protección oficial han transformado las actividades artísticas en una carrera lucrativa y vistosa, cuyos puestos visibles, premios y compras, han creado una prodigiosa actividad política de entretelones. De aquí una producción llamativa, de apariencia brillante, de aquí una superficialidad fecunda. El arte arraiga en una necesidad profunda del pueblo, no nace de la *cultura* de unos pocos, sino del alma colectiva; florece en la estación propia — violeta humilde o rosa suntuosa — sin artificios, natural y espontáneamente. La protección crea un arte cuya florecencia es como esas flores brillantes de la jardinería científica, multicolores, exóticas, con no sé qué de pretenciosa superioridad, pero sin perfumes.

Así es nuestro arte oficial, cuyo "progreso" ha sido extraordinario en estos últimos tiempos. Pero el progreso real,

honestos y entendidos, realizan, indirectamente si se quiere, pero efectiva, una labor instructiva y eficaz de difusión.

Las exhibiciones de los buenos *marchands* son páginas vivientes de historia de arte. Tal fué la que Domingo Vian ha organizado en el salón Wicomb, donde desde la Escuela de Barbizon y Fontainebleau, hasta las manifestaciones de los impresionistas, todas las obras significaban un momento de las actividades artísticas de la Francia desde el Romanticismo hasta nuestros días.

Reproducimos, de entre las obras exhibidas, el admirable Bondin que es uno de los mejores que hemos visto en Buenos Aires; el Corot tan interesante del período italiano, y el hermoso Harpignies, sólido como toda su obra y pleno de un profundo sentimiento de la naturaleza.

### Exposición de los Acuarelistas—IX Salón Anual.

En los Salones del Retiro se exponen actualmente las obras del IX Salón de acuarelistas. Es un tanto difícil emitir un juicio detallado y exacto de las obras expuestas — no por la cantidad este año más bien reducida, sino por el carácter mediocre de la mayoría de ellas. Los Salones de los acuarelistas se parecen siempre, y hasta parecería que vienen un poco a menos. Las mismas firmas, que repiten sus obras. Huergo, que imita hábilmente a Rackan en el aspecto, ya que no puede imitarse la fantasía, desbordante y



BONDIN—Tempestad en Amberes

ya que citamos lo fotográfico, de los carbones de Nocetti, todo un objetivo extrarápido.

Pero el verdadero interés de la exposición reside en las dos salitas consagradas a los trabajos de los alumnos de la Academia Nacional de Bellas Artes y Ar-

de un farol, pero se ignora lo que es construir una silla, una mesa y otros objetos útiles a los cuales debe subordinar el elemento decorativo. Se toma el ornato en sí, sin tener en cuenta que es arte aplicada, dependiente y determinada, por imperativos materiales múltiples. Simple.



HARPIGNIES—Paisaje del Bourbonnais

mente, la Academia Nacional es un horror. No sabemos qué admirar más en ella, si la ignorancia incommensurable de sus profesores o la inconsciencia borreguil de esos muchachos que van a perder el tiempo tan lamentablemente con ellos.

Eso sí, y es justo decirlo, se exponían algunos modelos de papeles pintados, cuyos ritmos y armonías — si empapelaran con ellos la Academia — fueran capaces de enloquecer hasta al mismo director.

### Exposición Anselmo Nieto

De España nos envían aceites de oliva refinados, para paladares finos, que tienen mucho de aceite y de refinados pero nada de oliva. La gente que no entiende, cree que eso de no saber a nada es

una prueba de que es un producto genuino de la aceituna — y es algodón puro.

Tal pasa con el arte de este señor Anselmo Nieto, que nos viene también de España. Es un arte refinado y de buen gusto, que parece arte a los que, o por mucho saber — y tienen resaca el sentimiento — o por mucha ignorancia, no entienden nada; pero que en el fondo es un arte que no tiene arte. Caso de simulación perfecta — como la de Romero de Torres — especial para literatos panigados y chancheros o periodistas enriquecidos.

A este Nieto probablemente se refería Leonardo cuando decía: Si tú imitas a un maestro y no a la Naturaleza, no serás hijo de ésta, sino su nieto.

ZERO

## Los límites de la ornamentación

Jamás se insistirá suficientemente para que prevalezcan ideas más justas que las que corren actualmente sobre lo que hay que entender por arte de los objetos. Existe sobre estos términos un malentendido que es necesario disipar, pues mientras subsista, la elevación del gusto en la masa, el mejoramiento de los productos de la industria y la esperanza de que ese arte llegue a ser patrimonio del gran número, seguirán siendo nada más que palabras.

El error, es la confusión del arte en el objeto con el ornamento del objeto. En la creencia popular, y aún en las ideas o más bien los instintos de muchos artistas, el arte en el objeto es la decoración del objeto. Como los artistas se dedican casi exclusivamente, hasta ahora, a obras de excepción, en las cuales la ornamentación juega un rol ante el cual todo se borra, la vista de esas obras, sin el contrapeso de la de los bellos objetos de un género menos trabajado, fortalece en la masa el error de que el arte consiste únicamente en decorar el objeto; que un objeto no tiene caracteres artísticos más que bajo la condición de estar ornamentado, que, en una palabra, donde no existe el ornamento no existe tampoco el arte.

He ahí el mal que es preciso combatir. Las comparaciones son un viejo recurso, y yo dudo en decir que colocar la belleza del objeto solamente en la ornamentación, es como pretender que una mujer no es bella sino ataviada con una rica "toilette". Nada sería, sin embargo, más exacto; y proseguiría siendo justa la comparación si yo agregara que nuestra manera de entender la ornamentación cubriendo indistintamente todos los objetos, hace pensar en la "toilette" de una mujer cuyas faldas estuviesen recarga-

das por los mismos ornamentos que sus joyas.

Para apreciar la importancia que la ornamentación tiene en cada especie de objetos, jamás habría de olvidarse que el objeto forma parte de un conjunto y que el valor de un gran número de objetos que componen ese todo, es más bien relativo que absoluto y que ellos no deben valer tanto por sí mismos cuanto por la parte que les corresponde en el efecto general.

Si no fuera peligroso establecer reglas en arte, es decir en aquel dominio donde menos se las admite, se podría expresar que, en general, la importancia de la ornamentación, debe estar en razón inversa a la utilidad de los objetos y de la intervención de los mismos en nuestras necesidades materiales. Desde la estatua que se levanta sobre su pequeño pedestal, hasta la mesa sobre la cual se escribe, caben todos los grados del sentimiento que los objetos pueden despertar en nosotros, debiendo corresponder asimismo todos los grados de la decoración.

Un jarrón de cerámica, un bibelot de metal, que sólo están allí para interesar el espíritu, tienen un fin vecino al del arte puro; sobre ellos la ornamentación es forzosa, no es un accesorio, es lo principal, sin ella no hay nada. Sobre el vaso en el cual la dueña de la casa conserva con amor sus flores preferidas, la ornamentación es ya menos necesaria: son las flores y no el vaso las que deben hablar al alma. Se acomodan bastante bien las marqueterías sobre un velador que no sirve, lo más a menudo, sino para llenar un vacío. Pero sobre los muebles respecto a los cuales se asocian íntimamente los actos esenciales de nuestra vida, sobre la mesa y el sillón de trabajo, la biblioteca, el aparador, la cama, esas mismas fantasías son siempre inútiles y lo más a menudo chocantes para un espíritu delicado. Advertiré una vez más que no pretendo formular una regla. En materia de belleza no hay principios absolutos. Solo hay verdades relativas dictadas por la razón y de las cuales el sentido

intimo de "lo excesivo", y de "lo demasiado poco", de lo que "está en su lugar" y de lo que "no lo está", lo que nosotros llamamos el gusto, sabe por sí solo revelar la medida. Todo artista, toda escuela que pretende corregir un error, cae fatalmente en otro error al querer ser inflexiblemente lógico. No nos faltan hoy los ejemplos para confirmar lo dicho.

La ornamentación puede parecer indispensable a las grandes superficies inertes de un interior, pero lo es tanto menos en los objetos en que la idea de sus funciones se une más estrechamente a su visión. El sentimiento mismo de la parte activa que los más importantes toman en nuestra existencia, la comunica en cierta manera una vida que les es suficiente y vuelven inútil todo artificio para interesarnos por ellos. Al mismo tiempo cuanto más está determinada la función de un objeto, más se precisa ella en una forma que le es propia; el objeto posee la belleza geométrica, la que la naturaleza ha puesto en todas sus obras, desde el cristal hasta la montaña, desde la célula hasta la flor, y de la cual el hombre, desde las primeras edades, guiado por el instinto antes que por la ciencia, ha hecho su ley primordial. Aquellos cuyos ojos no experimentan ninguna satisfacción frente a una mesa sencilla y proporcionada en todas sus partes, en el espesor y saliente de su tabla, en la elevación de la cintura, en la sección de los pies fuertes en la raíz, adelgazados hacia el suelo, esos, no se pongan nunca a juzgar la belleza; el instinto de lo bello no está en esas personas.

Se propone, pues, esta cuestión todavía no resuelta, y ciertamente la más árdua para resolver mediante el arte industrial moderno: ¿Cómo ornamentar racionalmente los muebles cuyos precios corresponden a cada uno de los grados de la escala social?

Evidentemente, es al modelado de las piezas o de ciertas piezas de muebles,

al que es necesario exigir la respuesta, y no a las ornamentaciones esculturales o pictóricas, contrarias a su naturaleza, ni, como se intenta hacerlo en diferentes lugares, por la exajeración de la importancia de ciertos detalles (manijas, pinturas) por las aplicaciones metálicas, ornamento pueril a fuerza de ficticio, en el cual algunos innovadores han caído por la necesidad de reemplazar por alguna cosa la escultura y la marquetería. Sólo el modelado concede una solución natural; pero si el principio es claro, convego en cambio que no es fácil llevarlo a la práctica. A los artistas que acaban de entrar por ese sano camino, les será necesario mucho tacto para encontrar las fórmulas de modelado, a la vez bastante rico como para satisfacer los deseos de representación y bastante sobrio como para no robar terreno a la soberanía de las formas elementales.

En cuanto a la ornamentación escultural propiamente dicha sobre un objeto usual, no puede ser más que la dote del más alto lujo. Es difícil incorporar un ornamento así al objeto y mantenerlo en un rol subordinado, dándole entre tanto un encanto propio sin el cual pierda toda su razón de ser; sólo los más hábiles artistas deberían permitirse ensayarlo.

El arte industrial debe dejar cso a un lado. El temperamento de nuestra raza la tina se rehusa a la extrema sencillez; nuestros hábitos sociales exigiendo que la riqueza y la comodidad se manifieste por el lujo dosificado para cada clase nos obligan a componer nuestro interior, menos para nosotros mismos que "pour la galerie". Esto se subentende. Queda todavía por saber si estas exigencias pueden ser conciliadas con el gusto y el arte verdaderos.

M. JACQUES.

## LA LUCHA OBRERA EN EL CAMPO POLICIZO

No es cierto, como algunos creen, que los anarquistas se preocupen solo de la cuestión económica y dejen aparte la cuestión política. Al contrario, hasta hace cerca de 25 años, al menos en Italia, mientras los socialistas se conservaron relativamente revolucionarios, los anarquistas les dejaban, erróneamente, el cuidado de ocuparse de la cuestión económica, y ellos procuraban más bien desarrollar una acción política, con la lucha contra el Estado y la propaganda ideológica.

Pero desde que los socialistas, del 1890 en adelante, han acentuado su degeneración reformista y amenazan, por medio de la organización económica, desviar para siempre la atención de los trabajadores de la causa de la revolución social, los anarquistas han empezado a dedicar una mayor actividad al movimiento económico, en esto facilitados por el surgir de las agitaciones sindicalistas, para llevar a este terreno con mayor determinación la influencia de sus idealidades. Hablo especialmente de Italia, porque en otras partes mucho de esto se ha hecho ya antes, y en Italia misma algo semejante se había desarrollado en un período anterior, hacia el 1892.

Aquí yo me he propuesto examinar, desde el punto de vista anarquista, los problemas que atañen de modo especial a la lucha obrera en el campo económico y de clase; pero esto no debe hacer olvidar que la idea anarquista es también esencialmente una idea política, en cuanto mirando a la abolición del Estado, ejerce contra él una verdadera y propia acción política que lo ataca directamente

en sus funciones políticas, y se distingue suficientemente de la actividad que se desenvuelve en el campo económico, por cuestiones de trabajo, con la lucha de los obreros contra sus patrones.

Frecuentemente se ha hecho confusión en torno al significado de esta palabra "política". Por eso es necesario aclarar bien que cuando los anarquistas hablan de una "lucha política" suya, no entienden absolutamente confundirla con la actividad de los politiqueros; más bien es una lucha sobre el mismo punto, — elecciones, parlamentarismo, legislación, etc. — pero está dirigida precisamente contra los politiqueros y contra el Estado (1). Etimológicamente, política sería el arte de gobernar a los hombres; y los anarquistas son adversarios de este horrible arte y quieren eliminarlo de las sociedades humanas. Pero el ocuparse de ella en sentido negativo significa también desarrollar una acción política, que se refiere a la política.

Queda entendido, pues, que cuando se habla de *lucha política, de acción política, de cuestión política*, etc., los anarquistas entienden hablar de una cuestión, de una acción, de una lucha antiestatal y antilegalitaria, y no dan a la palabra "política" el significado restringido y particular de "política autoritaria y parlamentaria" que le dan los politiqueros.

Es necesario, por otra parte, ocuparse también de este lado de la doctrina anarquista, aunque refiriéndose de modo especial al problema obrero, ya que no hay una separación neta entre cuestión económica y cuestión política, sino que la una está ligada íntimamente a la

otra, tanto que es imposible resolver una parte cualquiera de la primera sin encontrarse frente también a la segunda. Y está no solo por lo que se refiere a la revolución que deberá ser hecha a la vez contra el Capitalismo y contra el Estado político, pero que también por eso se refiere al movimiento anterior a la revolución, en el cual los anarquistas participan día a día.

Se ha dicho ya en un artículo precedente que los obreros tienen interés, para el desarrollo de su acción de clase, de conservar si tienen y de conquistar si les faltan, las libertades más elementales: de palabra, de imprenta, de reunión, de asociación y de huelga. Estas libertades pueden ser obstaculizadas por el poder político; y lo son siempre cuando en el pueblo no hay fuerza de resistencia suficiente para conquistarlas y conservarlas.

La acción política que, por las especiales necesidades de la lucha de clase, debe desarrollar el proletariado contra el gobierno, es precisamente esta de la conquista y defensa de las libertades elementales, sin las cuales es hecho imposible el desarrollo de toda otra actividad en el terreno económico. Los partidos legalitarios y reformistas confían esta función de defensa y conquista a la obra parlamentaria de los representantes políticos; los anarquistas, en cambio, piensan que la obra de los diputados sería nula si no hubiese en el proletariado una energía real y una voluntad decidida de obtener por sí mismo lo que quiere. Y la obra anarquista debe dirigirse precisamente a formar esta voluntad y determinar esta energía para que se manifiesten en el campo de los hechos con la acción directa del pueblo.

Lo que se ha dicho ya de la acción directa a llevar contra los patrones, vale también para esta otra forma de acción directa a desarrollar en la lucha continua contra los poderes políticos del Estado. Solo que, mientras la primera tiene por teatro de batalla el taller y el campo, la segunda tiene necesidad de desarrollarse en la plaza, con todas las manifestaciones de la actividad popular, desde las más tranquilas a las más enérgicas, y de tener el concurso de todas las fuerzas populares, hasta de las desorganizadas, y sin distinción de partidos.

La acción de la plaza ha sido siempre más eficaz que la acción electoral en la lucha contra el gobierno. Esto lo reconocen también muchos adversarios de los anarquistas. Y para demostrarlo con ejemplos no es necesario remontar mucho en la historia. La misma Carta estatutaria alemana, que en Italia sancionó las conquistas populares ya adquiridas en la vida pública, ¿no fué acaso concedida tras una revolución? Pero, para hablar de tiempos más cercanos a nosotros, basta recordar que sí desde el 1900 hasta el 1914 se ha gozado en Italia de una mayor libertad política, ello se debe a la acción popular y de plaza desventurada, especialmente desde el 1889 en adelante, a costa de enormes sacrificios y de heroísmos individuales y colectivos.

Baste recordar el fin de la infame guerra contra Abisinia. El pueblo impuso su cesación al gobierno con una acción tan enérgica que por poco se convierte en revolución. Y entonces el ministro Crispi, en 1896, cayó para no volver a levantarse, abatido por la ira del pueblo, — resultado que no había obtenido toda una enérgica oposición parlamentaria

guiada por un hombre hábil y audaz como Cavallotti.

Hoy, tal vez en algunas naciones es menos sentida la necesidad de estas luchas por las libertades, de índole exclusivamente política, porque estas libertades, arrancadas a los gobiernos con una lucha de años y años, están en general y en gran parte ya adquiridas (2). Pero es preciso que el proletariado esté siempre alerta para evitar el arbitrio y las prepotencias, aún las ocasionales y aisladas, de las que no faltan ejemplos numerosos en cada país.

Infinitos son, también, los motivos para trazar la lucha en otros campos. Las masacres proletarias, por ejemplo, que se han vuelto tan frecuentes en las contiendas entre capital y trabajo, en todo el mundo, deberían ser una de las razones principales para llevar una enérgica acción de plaza contra los gobiernos, ayudada por el empleo de la huelga general, entendida no en un sentido pasivo y burlesco, sino en su verdadero significado más enérgico y resolutivo. La huelga general es, por su índole, un medio de lucha esencialmente político, eficaz sobre todo en el terreno político de la resistencia y de la acción antiestatal.

Pero la acción directa, popular, de plaza, contra los poderes públicos, no es eficaz solo en las cuestiones de índole política, si que también en muchas luchas económicas que por su carácter especial más se enlazan a la política. Hoy que el Estado existe, y por eso no podemos prescindir de él sino de modo relativo, muchas conquistas económicas, especialmente para ciertas categorías de trabajadores, no son posibles si los organismos del Estado no se avienen a concesiones y a limitaciones de su autoridad.

Los obreros de los servicios públicos—servicios ejecutados por el Estado, por las provincias o por las comunas — cuando se ponen en agitación para obtener mejoramientos de trabajo y de salario, hacen implícitamente una lucha económica y política al mismo tiempo. Los ferrocarrileros, los empleados de correos y telégrafos, los obreros de los arsenales gubernativos y de las manufacturas de tabacos, si se declaran en huelga, tienen necesidad de una acción subsidiaria de la plaza, ya que en sus agitaciones no encuentran en su contra solamente la resistencia pasiva de un patrón, sino la resistencia activa del Estado que quita a esos trabajadores hasta las libertades que han sido ya adquiridas por los obreros de la industria privada.

Por lo demás, también en la industria privada la neutralidad en las contiendas entre capital y trabajo es una cosa muy relativa. Cuando una huelga interesa un ramo importante de la producción, y no tiene miras de acabar, y por repercusión también el Estado es perjudicado, éste interviene siempre, — y siempre interviene a favor del capital contra el trabajo. De donde resulta para los trabajadores la necesidad de combatir contra el Estado.

Hay casos especiales, pues, en que se trata no solo de resistir y vencer la intromisión y el arbitrio del gobierno en las contiendas económicas, sino también de obligarlo a tomar medidas de interés general, a las que, mientras exista el Estado, solo él está en condiciones de prever, — aunque sea la simple abolición de una ley coercitiva. Parecería en este caso

que la acción de los trabajadores debería tener un carácter legalitario, electoral y parlamentario. Y sin embargo no es así.

“Para abolir una ley liberticida — así se expresa Enrique Malatesta — mientras no se puede abolirla directamente, es preciso contar con el parlamento. Para que se dé de comer a los niños pobres en las escuelas, mientras no se pueda poner en común la riqueza, es preciso contar con el municipio que tiene o puede hallar los medios. Pero los parlamentos y los consejos comunales adoptarán medidas favorables al pueblo, solo cuando el pueblo las imponga; abolirán leyes y reglamentos, solo cuando el pueblo se niegue a obedecerlos. Hay leyes que, por abrogar leyes anteriores más opresivas, o por prescribir un límite al capricho de los patrones, representan una victoria popular”.

Pero esta victoria se obtendrá, no por vía indirecta, eligiendo diputados que a su vez hagan “leyes buenas”, sino imponiéndose directamente al gobierno, reclamando lo que se quiere con la acción organizada de clase. El modo de ceder es asunto del gobierno; y cederá en la forma que le es habitual: haciendo una ley.

Es necesario tener presente, sin embargo, que no es la ley en sí lo que debe importarse a los trabajadores, sino el reconocimiento real, en los hechos, de su derecho. Y se debe mirar bien que, una vez hecha la ley, con ella o a pesar de ella, el derecho adquirido no sea anulado por el arbitrio. Esto se podrá hacer siempre y solo con el ejercicio de la propia acción directa, continuando la lucha para, obtener siempre más y para limitar siempre la prepotencia y la autoridad estatal y patronal.

*Luigi Fabbrì*

(1) En la lengua francesa y española frecuentemente los anarquistas hablan de esta lucha especial contra los políticos, llamándola antipolítica.

(2) Esto podría decirse de Italia hasta el 1921, pero después del predominio tomado por el fascismo, el problema de las libertades políticas elementales, está de nuevo sobre el tapete demandando una solución.

## EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD

Resumen sintético de una filosofía libertaria

### IV

#### Libertad y Solidaridad

Esta libertad, fruto del progreso y objetivo de la dignidad humana, no es entonces el buen vivir, lo arbitrario, el egoísmo de los individualistas. No es la libertad absoluta de los metafísicos del Libre Arbitrio y del amoralismo. Tampoco se trata de ver en el individuo, en el Yo, el “centro del universo”, el principio y el fin de la vida, causa primera y última finalidad de una actividad absolutamente independiente y puramente egoísta.

Ciertamente, en la naturaleza del hombre todas son necesidades, y son nuestras necesidades las que gobiernan nuestra vida. Pero quiere decir esto que todo no sea sino satisfacción personal, sino manifestación egoísta, como lo pretenden los locos del subjetivismo?

Para éstos, en efecto, para estos hedonistas (1) de nuevo cuño, el Yo prima sobre todo. El Egoísmo es la ley de la vida. El placer es su finalidad. Cada cual para sí. El altruismo es una ilusión, un engaño, del cual el hombre consciente, el hombre libre, se guarda con cuidado. La autonomía, en sus bocas, equivale a autocracia. El individuo es el soberano absoluto. “¿La razón?... ¿La justicia?... ¿La lógica?... me decía hace muchos años uno de ellos, no las conozco!... ¡Yo no conozco sino el paralelograma de las fuerzas!” Y, después de un instante, misterioso, queriendo aún con una fórmula sibilina precisar con fuerza su amoralismo y terminar la “iniciación”: “Somos acaso gentes honradas?...” (2).

La cuestión toma así toda su amplitud. El problema moral completo se plantea. Examinémoslo de más cerca.

Existe en nosotros una fuerza (3) acumulada que pide ser empleada; cuando su desgaste es trabado por algún obstáculo, esta fuerza se convierte en deseo o adhesión; cuando el deseo es satisfecho hay placer, cuando es contrariado pena; pero no resulta de esto que la actividad depositada se despliegue únicamente en vista de un placer, con un placer por motivo; la vida se despliega y ejerce únicamente porque es la vida”.

Estas pocas líneas de Guyau (4) nos ponen admirablemente en evidencia el so-

fisma hedonista que existe en la base de la teoría del Egoísmo.

En realidad se trata de un fenómeno fisiológico, físico, y del fenómeno psicológico de placer o de dolor no es sino un estado de conciencia proveniente del estado orgánico subyacente. No es una cuestión por lo tanto de búsqueda del placer, de finalidad egoísta la esencia de la vida.

No vivir sino para sí es, por otra parte, una utopía contra la naturaleza, una quimera irrealizable y malsana. Nadie se basta a sí mismo. No se puede vivir para sí como no se vive por sí. Infinidad de lazos visibles o invisibles nos ligan al exterior, irradian a nuestro alrededor, van del medio ambiente a nosotros y de nosotros al medio. Todo se enlaza en el universo, ese gran organismo. Y la solidaridad es un hecho antes de ser un principio.

No, el egoísmo no tiene “el derecho de prioridad en nuestra naturaleza” como se ha pretendido (5). No, la vida no es ante todo “individual” y, por consecuencia, egoísta (6). Es bien cierto que “si Yo tengo una carne, soy yo que padezco de los dientes” (7); ¿pero no es evidente que aquí no se trata de la vida, sino de una sensación, de la conciencia, de un fenómeno especial, dependiente y volátil?

En efecto, es con la conciencia, con el sentimiento de sí, que comienza el egoísmo. Y es así reducida que la palabra adquiere un sentido real, un sentido positivo y práctico, desprovisto de toda metafísica, de todo absoluto.

Ese sentido es relativo. Designa una relación de personas: de sí a sí o de sí a otro. De personas: es decir de individuos dotados de conciencia, de personalidad. ¿Se hablará del egoísmo de un fibroma, por ejemplo, que goza sin embargo de una vida individualizada — pero no consciente y personal? ¿Se hablará del egoísmo de un árbol sino como metáfora psicológica?

La vida, fenómeno energético universal, no es en sus comienzos individual: ella se individualiza, al localizarse, concentrarse y particularizarse; después se convierte en consciente y personal, y es entonces solamente que aparece el egoísmo.

Peró este egoísmo natural no es el Egoísmo exclusivo, el Egoísmo absoluto del cual se nos ha hablado. El deja lugar a otra cosa. No es toda la vida,

Primera de la solución... ma en to... ve, no pu... absoluto... por natura...

Esta n... ta acción... manifesten... en apar... “inmensa... das parte... tino de... afinidad... dad, lat... pecc a... triunfan... Eso no... ciabilidad... del egoís... hipócrita... na se nos... mente, p... puesta a... fistas y... la evolu... a su ho... egotista... un natur... a la fisi... energía.

Si lo... ni el alt... imperson... sal. La... esta vic... curitma... del áton... nigr gr... Magre... Nous

Qui me...

Esta... nía, h... existe... realism... en su... concilia... ridad e... eudem... que ve...

Peró... la natu... dirá, s... surgid... cosa p... pudo... turate

Es... nido, ... cho d... tu y... nuel... turali... autor... dora, ... solut... de su... sión... solut... prete... ta il... gani... apre... ibusi... natu...

radi... proc... y no... har... por... mex...

E... ton... logi... zón... rol... dif... sur... ges... des... vej... lig... ser... ter

Primeramente él da lugar a la acción de la solidaridad universal. Esta se afirma en todo ser viviente. Ningún ser vive, no puede vivir aislado, en el sentido absoluto de la palabra. *La vida es social por naturaleza.*

Esta naturaleza social de la vida, esta acción de la solidaridad universal se manifiesta en todo: desde la vida ínfima, en apariencia, de los átomos, hasta la "inmensa vida" de los mundos. Por todas partes el instinto social, el deseo íntimo de la solidaridad; por todas partes afinidades naturales; en todo *sociabilidad*, latente primero, luego aumentada poco a poco y a medida del desarrollo triunfante de la vida.

Eso nos lleva lejos de la mezquina "sociabilidad" tan querida a los partidarios del egoísmo y que no es sino una forma hipocrita de éste. La naturaleza humana se nos presenta, no puramente, radicalmente, primitivamente egoísta, sino compuesta al mismo tiempo de virtudes egoístas y de virtualidades altruistas que la evolución natural de las cosas revelará a su hora. El simplismo subjetivista y egoísta se desvanece y desaparece ante un naturalismo monista que todo lo reduce a la física universal y a las leyes de la energía.

\* \*

Si lo "primitivo" no es ni el egoísmo ni el altruismo, es la vida, la vida física, impersonal, social, de la energía universal. La ley primordial, la ley natural de esta vida, es la ley de economía, es la *curmima*, la armonía creciente que va del átomo a los universos en una comunión grandiosa. Y con razón el poeta M. Magre pudo decir:

*Nous avons couté, recueillis, le grand rythme  
Qui ment les coeurs humains et les astres  
du ciel.*

Esta eurtinia comunicativa, esta armonía, hacia la cual tiende todo lo que existe, es desde el punto de vista de un realismo científico, el bien en sí mismo, en su esencia. Es así como se opera la conciliación de la libertad y de la solidaridad en un eudemonismo consciente, un eudemonismo social, que no tiene nada que ver con el hedonismo individualista.

\* \*

Pero si la *sociabilidad* es la ley de la naturaleza, ¿de dónde entonces, se nos dirá, saca su origen y su fuerza, cómo ha surgido, como se mantiene, sobre qué reposa el régimen individualista del "cada cual para sí" bajo el cual vivimos? ¿Cómo pudo nacer y desarrollarse contra la naturaleza?

Ea que la aberración metafísica ha venido, después de la teología y del derecho divino, a extraviar a nuestro espíritu y falsear nuestro juicio, a desviar nuestro sentido de la justicia y desnaturalizar nuestra vida, con la concepción autoritaria, simplista, malsana, deformadora, de un yo imaginario, absoluto, absolutamente libre en sus actos y dueño de sus obras. Es, en efecto, sobre la ilusión de la responsabilidad individual absoluta que está construída toda nuestra pretendida sociedad actual; es sobre esta ilusión que está fundada toda la organización jurídica y económica que nos apreta y nos presiona. Pero dispada la ilusión y sus consecuencias abolidas, la naturaleza volverá a tomar sus derechos...

Trabajemos entonces para eliminar radicalmente el numerario y el Estado, productos de esta "maldita metafísica", y nos convertiremos naturalmente en hombres sanos, hombres normales, aptos para un altruismo y un egoísmo igualmente fisiológicos.

El egoísmo y el altruismo no son, entonces, los únicos elementos de la psicología moral del hombre. La razón, la razón impersonal, desempeña también su rol. Es ella, la razón filosófica, la que, diferenciando al hombre de los animales superiores, babuceando al principio, sugestionada por la alucinación teológica, después desviada, como hoy día, por el verbalismo metafísico, mayor, en fin, y ligándose a un realismo que une el buen sentido a la ciencia, es ella la que, determinando lo justo y lo honesto, deter-

mina el equilibrio de las dos tendencias fundamentales de la vida.

Porque *no puede haber sociedad humana, ni vida social superior sin honestidad.* El excepticismo individualista no hará nada: el amoralismo, la canallería y el maquiavelismo erigidos en principios ocultos de vida, podrán triunfar temporalmente, pero de ellos no surgirá jamás una vida social durable, una vida social verdadera. Esta no existe ni toma fuerza sino con la honestidad, con la confianza fundada y recíproca, con la solidaridad sincera que de ella resulta.

La concepción de la honestidad puede, sin duda, evolucionar, perfeccionarse, elevarse, al ampliarse, hasta la concepción de la integridad humana, pero queda, con la idea de la justicia y del derecho, de las cuales es hermana gemela, el principio orgánico y el nudo vital de toda asociación humana y de toda solidaridad consentida.

\* \*

La relación social, en efecto, norma de las relaciones humanas, está fundada sobre el derecho y la justicia, y no sobre la fuerza material despótica. El asentimiento, el consentimiento, explícito o tácito, el *consensus*, sin el cual no existe sino un conglomerado mecánico, sin libertad ni espontaneidad, es la base natural, la condición *sine qua non*, el elemento esencial de toda sociedad. Quién dice sociedad dice acuerdo.

Pero este acuerdo natural, orgánico, este concierto de afinidades, no tiene nada de común con un contrato convencional arbitrario. Su psicología es completamente distinta. Aunque libre y espontáneo, sale de la lógica profunda de las cosas y no del libre arbitrio y del gusto de los individuos. Tiene un *substratum* lógico, que es el derecho. El derecho, en el fondo, lo mismo que la justicia, que es el derecho realizado, es la *lógica social*, la lógica de la asociación. Toda sociedad es, por naturaleza, una aglomeración jurídica.

En la horda primitiva ya existe un va go y confuso sentimiento del derecho, base indispensable para la adquisición colectiva. Pero es sobre todo en una sociedad más humana que aparece, con una razón rudimentaria, el carácter jurídico de la vida común. La concepción razonada de las relaciones humanas marcha a la par de la concepción razonada del mundo, de la cual hace parte integrante. El desarrollo jurídico sigue orgánicamente, lógicamente, el desarrollo filosófico. Y a medida que, al correr de los siglos, la razón se eleva, se perfecciona y fortifica, la noción del derecho, de lo justo, va depurándose, purificándose y despojándose progresivamente del materialismo grosero y brutal, del fetichismo y de lo arbitrario, que demuestran su estado bárbaro como un legado del período prehumano y de la psicología animal. La conciencia del derecho natural, de la lógica natural de las cosas, se desprende poco a poco; el lazo social se desnaturaliza cada vez más. Salida de nociones confusas comunes a los animales, a los primitivos y a los niños, la conciencia humana, desarrollándose, ampliándose, llega, de etapa en etapa, a las ideas universales, a las ideas justas, racionales y científicas, que escapan tanto a lo arbitrario del egoísmo como a la fatalidad mecánica y a la arbitrariedad de la Fuerza. Es el fin de la solidaridad gregaria y del gregarismo bajo todas sus formas. Pero es la aurora de la solidaridad humana, de la solidaridad consciente, razonada y voluntaria de todos los hombres, unidos en un mismo ideal de justicia y de amor.

V

**La fuerza moral y la libertad**

Asistimos al nacimiento de una filosofía nueva, una filosofía puramente científica, expurgada al fin de toda metafísica y de todo absolutismo. Al viejo simplismo materialista, al antiguo simplismo espiritualista, se va substituyendo poco a poco un naturalismo integral, sintético, exento de vana ontología, un *energétismo lógico*, tan extraño al fatalismo mecánico o ideológico como al famoso Libro Albedrío.

Esta concepción energética del mundo no da lugar a Fuerza absoluta ninguna, a ninguna *Autoridad*. Pero da lugar al desarrollo de la fuerza moral, al desarrollo de la energía psíquica y del potencial cerebral.

Por lo tanto, basta de fetichismo de la fuerza! No más culto de una autoridad, brutal o astuta, dominando y rigiendo el mundo! ¿La autoridad de las leyes naturales?

Pero si la ley natural no existe *en sí*; la ley natural no es una entidad imperativa. Ella no *manda*. No es sino la lógica natural de las cosas constatada *como un hecho universal* por la razón del hombre. No nos dejemos engañar por las palabras y no confundamos ley natural con legislación humana (8).

¿Le fuerza irresistible de los motivos? ¿Pero los motivos existen en sí mismos? ¿Pueden tener ellos una fuerza efectiva intrínseca, que no sea independiente de nosotros? ¿Qué significa esta metafísica y esta verbosidad escolástica? ¿Qué significa toda esa logomaquia del motivo: más fuerte, el más fuerte *en sí*? ¿Hay allí otra cosa sino una profecía retrospectiva y un sofisma verbal?

Así el determinismo fatalista cede a un examen atento. Y vemos afirmar, sobre esas ruinas, la *autonomía natural de los focos de energía*.

Es la base de la fuerza moral, de la fuerza libertadora cuyo aumento da la medida del progreso humano, la medida del desarrollo de la razón. La razón, en efecto, crea en el hombre, en la colectividad humana, esas fuerzas nuevas: el saber científico y la conciencia del derecho. Con ellas aumenta la fuerza moral, el potencial humano. Con ellas aumenta la libertad.

Pero la libertad así concebida, la libertad sana y bienhechora, no es, digámoslo claro, el buen vivir y lo arbitrario de cada cual. No es la anomia. No es la autoridad personal substituida a la autoridad exterior. Es el destierro de toda superstitión, de todo fetichismo, de todo absolutismo. Es la *autonomía* cada vez más completa de cada individuo, obligándose a sí mismo, por su propio juicio,

a la disciplina lógica que le asigna la razón.

Tal es el curso de la historia. Tal es la evolución natural del espíritu humano. La ilusión autoritaria se disipa poco a poco ante la prueba de la experiencia en aumento y de la razón que se fortifica. Y mientras que en cada etapa crecen el poder autónomo y la fuerza moral de los hombres, el símbolo intelectual que los une orgánicamente en el esfuerzo común, se aleja cada vez más del fetichismo primitivo, se eleva e idealiza más y más, ajustándose a la realidad y extendiendo su dominio, hasta confundirse con la ciencia y la razón universales.

Así se efectúa la gran obra de integración humana. Así se aproxima el gran cambio supremo, el gran cambio libertador. Y entre la irradiación de la ciencia y del buen sentido, al fin se establecerá en la tierra el reino de la justa razón y de la libertad integral.

Paul GILLE

FIN

(1) *Doctrina que hace del placer la finalidad de la vida. La moral de Epicuro es una forma de hedonismo (del griego hedone, placer).*

(2) *Conocida es la famosa exclamación con que termina "El Vientre de París": "¡Qué pillos son los hombres honrados!" De donde la anfibología y el doble sentido de la frase.*

(3) *No se trata evidentemente de una fuerza-entidad (Lanessan, La Moral natural) "Hay en nosotros energía acumulada..." sería más exacto.*

(4) *De "Una Moral sin obligación ni sanción."*

(5) *Le Dantec, El egoísmo base única de toda sociedad.*

(6) y (7) *id, id, id.*

(8) *Huxley — Primeras nociones sobre las ciencias.*

**Cartas sobre los acontecimientos de Rusia**

**OCTAVA CARTA**

**EL SENTIDO DE LA DESTRUCCION**

(Continuación)

Llegamos a nuestra última conclusión. Los acontecimientos que se suceden no solo confirman la idea de la revolución, sino también la de la *destrucción completa y global como indispensable a la revolución*. Tal es la conclusión que debe ser fijada aquí mismo y sublineada de un modo preciso.

Hasta el presente no existe entre los revolucionarios una unanimidad sobre la cuestión de si la *revolución social es realizable en un período de florecimiento económico y de prosperidad, y con la condición de la existencia de ese período, o bien en un período de desastre económico y general, social.*

Recuerdo haber tenido ocasión de discutir con gentes que veían precisamente la *desgracia fundamental actual de la revolución* que estalló en las circunstancias de una guerra monstruosa, en el momento de una ruina económica colosal, en un período no ascensional sino declinante de las fuerzas productoras. Algunos camaradas hallaban allí un argumento más en favor del bolchevismo, que, según ellos, ha aparejado la situación de un modo justo y adoptado en ese caso la única línea de conducta adecuada, vista la imposibilidad de resistir por otro camino a las dificultades ocasionadas por el estado catastrófico y el desbarajuste completo del aparato económico, vista la imposibilidad de asegurar por otro medio a la revolución un resultado positivo

cualquiera. Y se concluía que el anarquismo debía en ese caso ponerse enteramente al servicio del bolchevismo, conquistando y fortificando las posiciones revolucionarias que, se decía, representan hoy el máximo realizable.

Yo replicaba que la impulsión inicial de la revolución social sería *siempre e inevitablemente* — hoy como en el porvenir — una *catástrofe social y económica*. Que fuera de una *catástrofe* semejante, en otras circunstancias, la revolución era inconcebible. Que esperar otra cosa significaría renunciar a la revolución social. Que, por consiguiente, si los bolcheviques tenían razón en el caso presente, la tendrían *en general*; que en este caso el anarquismo revolucionario estaría fuera de uso, que sería un malentendido, un error, una desviación; que sería el marxismo revolucionario el que tendría razón, y que sería necesario entonces convenir en ello lealmente. Pero si el anarquismo no es un error, si tiene razón en general, entonces su deber y su misión en la revolución de hoy, como en otra cualquiera, son, no servir al bolchevismo, sino evaluar la *verdadera significación del proceso destructivo* (y del bolchevismo), *determinar precisamente en las circunstancias catastróficas* la acción libertaria y tratar de ayudar a la manifestación de las fuerzas sobre las que el anarquismo basa, no el máximo de realizaciones posibles, sino el *éxito completo de la revolución*.

Esbozando a los oyentes las perspectivas creadoras de la revolución social y demostrándoles que la realización de esas perspectivas no es posible más que a las grandes masas organizadas, tuve ocasión más de una vez de hacer resaltar y de

sublinear la enorme, doble tarea de la revolución. 1.—Destruirlo todo, hasta la última piedra. 2.—Construirlo todo de nuevo. Detallando el primer todo, trazaba con ayuda de rasgos vivos el cuadro de una destrucción general y total de la economía, del derecho, de la cultura, de la ética y del arte contemporáneos, de la destrucción de la política, de la religión, en una palabra, de todas las bases actuales de la vida social. Todo el problema y el cuadro grandioso de esta destrucción, como acto necesario y condición esencial de la revolución social, pasaban entonces ante mis ojos.

Estimo que los acontecimientos actuales confirman enteramente este cuadro y esta condición. Subrayan distinta y plenamente la misión formidable del proceso destructivo en la revolución social.

¿Cuál es, pues, esta misión? —Reserva. Nos anticipamos un poco. Agotaremos el asunto sobre el rol del proceso destructivo más lejos, en el análisis de la revolución social. Aquí no se tratará la cuestión más que parcial y rápidamente.

La nueva creación social revolucionaria puede ser emprendida, realizada y llevada hasta el fin solamente con la ayuda de los esfuerzos creadores y entusiastas de las masas humanas poderosas (y organizadas). Para persuadirse de ello basta reflexionar bien de un modo concreto sobre el problema, examinándolo en su conjunto y en su detalle. Dar una base absolutamente nueva al desenvolvimiento progresivo intenso; edificar toda una nueva economía, es decir, crear una potente industria y una agricultura nuevas; organizar sobre otras bases toda la obra de transportes, de cambio, de reparto; hacer nacer formas completamente nuevas de la comunidad de derecho, de trabajo, y de todo el tren habitual de la vida; develar los horizontes de un nuevo mundo cultural y espiritual: nuevas relaciones entre la actividad física y moral, nueva educación, ciencias nuevas, arte nuevo, nuevas nociones éticas, etc., etc., solo la enumeración de estos problemas que confluyen en un todo gigantesco, —problemas sin cuya solución es inconcebible una revolución social fecunda — demuestra que la obra de esa revolución no es realizable más que con la colaboración intensa y organizada de las masas oceánicas.

Es claro que los primeros golpes, los primeros pasos reales de la revolución serán la obra de su vanguardia, principalmente de los elementos revolucionarios de la clase obrera. Digamos más: es posible que los primeros pasos directos de la revolución serán por todas partes, como se presenta habitualmente en las revoluciones políticas, la obra de una pequeña parte de esa vanguardia, de los elementos avanzados del proletariado de las ciudades. ¿Porqué, considerando estas razones, no crearían algunos "sabios" una teoría del "proletariado de las ciudades y de su dictadura"? Pero si los primeros pasos de la revolución se comprometen en la vía de la revolución social, la grandes masas laboriosas deben concurrir allí de un modo activo; masas aún más vastas de población simpatizarán o al menos sentirán la fatalidad y observarán hacia la revolución una posición de espera, una neutralidad benevolente. Y a partir de ese instante, en toda su extensión ulterior, la revolución debe absorber masas más y más compactas, arrastrarlas consigo y precipitarlas en la acción. Debe, ampliando rápidamente y sin tregua su base social, su base humana, convertirse en el pleno sentido de la palabra en una revolución popular. Su obra debe ser obra común. En el caso contrario, de un modo u otro se perdería.

Ahora bien, las grandes masas trabajadoras, los millones y los millones de unidades pueden ser lanzadas y absorbidas en la revolución, pueden ser preparadas allí, pueden desarrollarse como revolución social y llevarla hasta el fin ante todo sobre el terreno de una devastación completa, desesperada y ciega, de encadenada de todas las bases vitales antiguas (principalmente económicas), a las que las masas se apegan firmemente.

Existe en nuestras filas también la opinión de que las grandes masas se unirán a la obra de la revolución solo más tarde, sobre el terreno de una solución feliz y rápida de sus problemas primeros y esenciales (en primer lugar económicos, cla-

ro está) por una cierta minoría revolucionaria que la ha efectuado. Ciertamente, con esta concepción, la cuestión del rol de las masas y del sentido del proceso destructivo se encuentran puestas en un segundo plano. ¿Pero esta concepción es aceptable? Indudablemente, la absorción de las capas atrasadas por la revolución y su éxito definitivo dependerán, en fin de cuentas, del logro de las tareas fundamentales. Pero la cuestión es la de saber precisamente quién sabrá solucionarlas y cómo. Porque sería una falta suponer que su realización es posible literalmente en primer lugar, por sí mismo e independientemente de una solución fructuosa de todo el conjunto complicado del problema de la construcción social revolucionaria nueva. La economía, como toda la vida social, es un todo complicado y completo del cual cada parte está orgánicamente ligada con las demás. Y cuando se habla de los problemas primeros o primordiales, se piensa ciertamente en vista del grado de la necesidad, pero no en la sencillez o en el orden de su solución. Saber resolver en el orden de la revolución social ciertos problemas económicos, elementales y los mas cercanos, por ejemplo, asegurar sobre bases nuevas a toda la población del país, el pan, la luz, el agua, la calefacción, etc., etc., es imposible si casi toda la economía (industria, transporte, intercambio, reparto) no está ya organizada sobre esas bases, y si la cuestión agraria no es resuelta, al menos aproximativamente. Y si se tiene en vista la satisfacción de las necesidades, un poco menos inmediatas, aunque también agudas, eso exige ya la casi consumación de la revolución social. Por tanto, por la fuerza de estas consideraciones, estimamos el anterior punto de vista como una apreciación exagerada y profundamente errónea de la misión de la minoría revolucionaria en la revolución social. Creemos que en el fondo de esta apreciación exagerada se encuentra una noción del rol de la minoría revolucionaria que se liga a la famosa noción de la dictadura. La incompreensión de la misión verdadera de las masas en la revolución social y una desconfianza abierta o simulada en sus fuerzas creadoras. Notemos de paso que es precisamente esa manera de encarar la revolución y las masas, la que consideramos como una de las causas más profundas de las desviaciones bolcheviquis y políticas en una parte de los anarquistas rusos en la revolución rusa. Estimamos que ninguna minoría revolucionaria puede comenzar a realizar la revolución, no puede ni resolver sus primeros problemas, y que en el fondo, el éxito de la revolución social depende enteramente de una participación desde los primeros momentos de las más grandes masas posibles de la población. (Notemos igualmente que son solo estas masas las que al participar directamente en la obra de la revolución y al estar intimamente interesadas en ella, deben reparar las faltas y los errores del comienzo). Ahora bien, si no es así, si una revolución social fructuosa es la obra de las más vastas masas, entonces su primera condición indispensable es una destrucción gigantesca, irresistible y que englobe todo el viejo sistema, —destrucción que lleva a las masas al estado de un movimiento ininterrumpido y no les permite asirse a algo sólido, estable.

Otra cosa. No son las grandes masas de la población de un solo país, sino por lo menos las de varios países importantes las que deben ser lanzadas en la revolución para que ésta pueda desplegarse como revolución social. Esta condición indispensable no es posible más que sobre el terreno de una catástrofe social prolongada (o de una serie de catástrofes) y de una destrucción agotadora que tenga un carácter internacional. No es sino sobre este terreno que la absorción de las grandes masas internacionales en el proceso revolucionario y en el nuevo orden de cosas es posible. Esta absorción se realizará más tarde o más temprano de un modo más o menos intenso por la fuerza misma de las condiciones que se desarrollarán ulteriormente. El rol de estas condiciones ulteriores creadoras de la revolución social, tanto en el interés del país como en una escala internacional, será examinada en otro lugar.

La revolución francesa del 89 fué grande y se acerca a la revolución social, ante

todo porque tuvo por base y desplegó una gran destrucción. Sin embargo, esa destrucción no fué suficiente, tanto cuantitativa como cualitativamente. Abarcó solo a Francia. Y no fué hasta el fin. El principio de la propiedad y el de la política no fueron destruidos por esa revolución. Ahí está una de las razones por las cuales no pudo convertirse en la gran revolución social.

Por tanto, el proceso destructivo y completo e internacional es indispensable ante todo para poner en movimiento, desalojar de los carriles hechos, arrancar de todas las bases antiguas, del hogar doméstico, de la intimidad interior, de la comodidad existente y lanzar a la calle, a las barricadas, a la revuelta, a la revolución las más grandes masas de población en una escala internacional. Sin esta condición, sin esta destrucción colosal, la revolución social es imposible.

\* \*

Los partidarios de un florecimiento económico como condición indispensable para el éxito de una revolución social nos dicen: para el éxito de una revolución es preciso ante todo una base material sólida. Por una parte es preciso tener una buena reserva de stocks de toda naturaleza con ayuda de los cuales podrá la revolución subsistir y desenvolverse los primeros tiempos, y hasta crear stocks nuevos, hasta instituir un nuevo proceso, económico y afirmarse solidamente. Por otra parte, para superar lo más rápidamente posible los contratiempos inevitables y desarrollar con éxito la economía nueva, la revolución debe materializar un aparato económico rico y que funcione bien. No es sino cuando la economía está en su período de florecimiento que la revolución social puede tener el tiempo y la posibilidad de sobrevivir al período transitorio de confusión inevitable, y de afirmarse.

No estamos de acuerdo con este punto de vista.

Aún admitiendo teóricamente que el estado floreciente de la economía capitalista y una base material sólida sean en las perspectivas de una revolución ya victoriosa una cierta ventaja, lo que es muy discutible, en realidad, según nuestra opinión, no se llegará nunca a esa ventaja supuesta, porque habrá allí, sin duda, una desventaja real y predominante que no permitirá a la revolución no solo vencer sino tampoco nacer, es decir, que suprimirá hasta la idea de revolución.

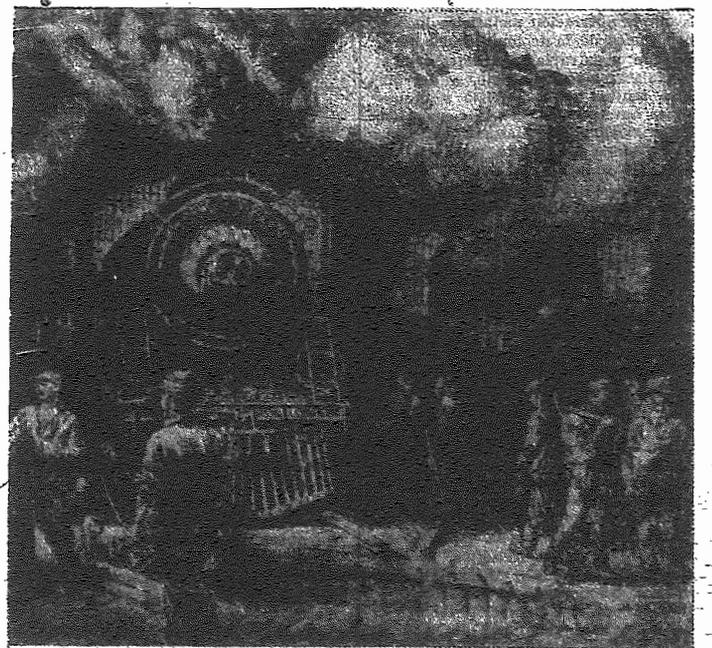
En efecto, imagináos por un momento que la existencia económica de los paí-

ses capitalistas, que todo el tren normal de la vida social no son destruidas. No razonéis de un modo abstracto sobre la base material de la revolución, sino imagináos concretamente el cuadro de la satisfacción, de la propiedad, de la dicha económica: las fuerzas productoras se acrecientan; la prosperidad llega a su punto culminante, la industria y la agricultura funcionan intensa y ampliamente; los productos se acumulan y abaratan más y más; el cambio se realiza fácilmente; la población en su conjunto se siente tranquila, segura y hasta cómoda, ocupándose día a día de sus pequeños asuntos y distracciones. La vida confortable se sucede en completa tranquilidad, regulada... Las fuerzas defensivas de la sociedad están repletas de la conciencia de su utilidad y de su solidez: Todo está en calma y apacible. El pensamiento popular cristaliza... La crisis industrial próxima se acogería con quejas. En estas condiciones ¿es imaginable una revolución social? ¿Quién tomaría parte en ella? ¿Dónde encontraría el impulso físico y el ímpetu necesarios?... Nos es absolutamente claro que en el mundo actual la situación que acabamos de esbozar no puede servir de base más que a un sopor pequeño-burgués, pero en ningún caso a una explosión gigantesca y a un movimiento grandioso y prolongado que no son posibles más que en las condiciones de los sufrimientos, de las insatisfacciones de las masas, de la inestabilidad en su existencia. Estimamos que en la obra de la revolución social se necesita la presencia de un material revolucionario vivo, humano, y no montones de objetos muertos, que no tienen una importancia primordial y decisiva. Creemos que la verdadera base material de una revolución social es la masa viva, que sufre, que investiga, que se mueve, que lucha y, en fin, que crea, y no el inventario muerto del cuartel capitalista.

Según nuestra opinión, una idea exagerada sobre la importancia de la "base material" depende estrechamente en el fondo de la "minoría revolucionaria" y también de la incompreensión del rol verdadero de la destrucción y de las masas en revolución. Creemos que algunos anarquistas llegados al bolchevismo en razón de la ausencia de la base material, hubieran llegado a él más rápidamente si esa base hubiese existido. Se trata ahí, no de una base material, sino de una base moral, espiritual, es decir, de los elementos íntimos de la concepción social revolucionaria.

VOLAN

(Continuará)



¡Las máquinas! ¡Las máquinas! ¡Hoy son una maldición mas para los hambrientos!